

radicalmente, surge la sospecha y la hostilidad ante la búsqueda de la perfección natural y, en la posición extrema, se denuncia a los moralistas antiguos (como le ocurre a Lutero) (pág. 263).

Pasa Taylor a ver el pasado moderno en el que chocan las posiciones 1. y 2., demoninando a éstas *hiperagustinismo* (*ibid.*) y terminando el Capítulo señalando que «el auge del *deísmo* en la Ilustración suele verse como un conflicto, finalmente victorioso, con dichas razones hiperagustinianas... El discurso de la Ilustración terminó por suprimir todo lugar para la gracia del tipo 2., contra la posición ortodoxa y, a partir de ahí, el naturalismo se adueña de la situación» (*ibid.* y 264): elimina el *pecado* como mal moral reduciéndolo al *pecado socrático*, la ignorancia vencible *naturalmente* por la educación y la técnica como hoy es patente.

Se trata, en resumen, de un libro importante, no sólo por su extensión (609 páginas), sino también por su bibliografía. Algo totalmente distinto de la banalidad actual en las publicaciones, dirigidas al gran público, incluso las que tocan cuestiones importantes. El libro, seguramente el mejor de los publicados en 1996, es de lectura obligada para el que quiera no sólo conocer, sino penetrar el trasfondo del mundo que vivimos. Lectura reposada que a veces habrá que repetir, sobre todo las personas que viven el mundo fáctico de los negocios y la técnica, a los que obligará a una *methanoia*, una transformación en las categorías de su entendimiento, hoy casi absolutamente matemáticas, y a la vez ampliar su vocabulario, muy restringido en esta época pragmática. En resumen, las cinco mil y pico pesetas de su precio no podrán estar mejor empleadas.

ANTONIO SEGURA FERNS

Enrique Calicó: MOMENTOS DE UNA VIDA (*)

Como chestertoniano profeso que siempre he sido, no he dejado de tener presente el pasaje —estampado en *Heretics* (1905)—

(*) Ediciones S'IJ, Barcelona, 1995.

en que el gran autor inglés ilustra su convicción acerca de cómo en las grandes experiencias vitales y en las grandes pruebas el hombre reconoce en el otro su semejante. Así, escribe: «Diríamos, después de un descubrimiento un tanto desagradable: "Sobre el sofá hay un hombre muerto". Es poco probable, en cambio, que dijésemos: "Un hombre de gran distinción natural está muerto sobre le sofá". Diríamos: "Una mujer ha caído al río". Pero no que "una mujer muy educada ha caído al río". Nadie diría: "Se ha encontrado en un jardín el cadáver de un gran pensador". Ni: "Si no se apresura, un hombre dotado de un fino oído musical va a arrojarse por aquel acantilado"».

Cuando en las lecturas, que, ay, desordenadamente, hago del santo de Aquino, me topé años después con el fragmento en que afirma que, para la vida cristiana, lo común es más noble que lo privilegiado, no pude dejar de relacionar ambas ideas, pese a que el texto tomista tiene una hondura superior, pareja al cauce más hondo por el que discurre. Luego, muchas veces, he leído y escuchado al profesor Francisco Canals explicar el fogonazo tomista, la última en la ocasión solemne de su septuagésimo quinto aniversario, en las palabras que pronunció para agradecer el homenaje que sus amigos le tributábamos. Ese mismo día precisamente, a la salida, cuando iba de despedida para regresar a Madrid, el profesor Eudaldo Forment me presentó a Enrique Calicó, casado con una sobrina de Canals y que había tenido una intervención muy delicada a los postres del almuerzo que siguió a la misa de acción de gracias y precedió al acto académico.

Calicó me envía amablemente un libro, *Momentos de una vida*, prologado precisamente por Canals y que me hace volver sobre estas reflexiones. Se leen en el prólogo cosas como éstas: «Sometidos a la presión y al apresuramiento que ejercen sobre nosotros algunos falsos tópicos, que rigen a modo de consignas indiscutidas nuestra vida, incluso la cotidiana y familiar, desde "filosofías" e "ideologías" que pretenden gobernarla desde la publicidad mercantil y política, nos es difícil a los hombres de nuestro tiempo no caer en el desprecio y el olvido de lo "normal", lo "ordinario", lo "cotidiano" (...). Bajo la vigencia de estos tópicos falsos, que

son precisamente los que nos llevan a desdeñar como "tópicos" las verdades humanas más universales y sencillamente evidentes, nos encontramos con que el estado de ánimo ante la normalidad ordinaria y cotidiana suele ser el "aburrimiento" (...). Todo en lo humano se orienta hacia la perfección y felicidad del hombre. Si a esto sirven, son valiosas todas las ciencias, técnicas y artes utilitarias o bellas. Pero ninguna productividad técnica, ni prosperidad económica, ni genialidad estética, ni "creatividad" cultural, sería valiosa y elogiada si no se mostrase como conducente a la perfección de los hombres, a su felicidad en el tiempo y en la eternidad (...). Todo lo extraordinario y singular que alguno, o que cualquiera de nosotros en algún momento, estemos llamados a realizar, será elogiado y meritorio, y tendrá verdaderamente importancia, para nosotros y para los demás, en la medida en que sirva sincera y sencillamente a aquella felicidad que no es realizable más que en la convivencia íntima y sencilla del amor».

Pues bien, el libro de Enrique Calicó, que se sigue con interés y por momentos con emoción, es una insuperable —por lo mismo sencilla— demostración de lo expresado por Canals en el prólogo. Son en verdad los «momentos de una vida normal», de una vida que merece el nombre de humana, porque es cristiana. De una vida que, al autor, le sirve al tiempo para trazar un cuadro de la vida de la Cataluña cristiana durante el período a que se contrae. El resultado no puede ser más —y estampo esta palabra con toda intención— edificante. Aquí, de nuevo, me acuerdo de Chesterton, que en su *Autobiography* (1936), tras describir su panorama familiar como «decepcionantemente respetable» —se entiende que para la morbosa cultura moderna—, se lamenta irónicamente de no tener un padre sombrío «que ofrecer al público como causa verdadera de mi herencia trágica», ni una madre enfermiza «cuyos instintos suicidas me hayan legado las tentaciones de un temperamento artístico». También el libro de Enrique Calicó está falto de todas esas cualidades desagradables que hoy en día convierten una biografía en popular.

MIGUEL AYUSO